

EL INSTINTO.—«Después de haber probado que los animales no obran por razonamiento—escribe Bossuet en su *Conocimiento de Dios y de sí mismo*,—examinemos por qué principio se debe creer que obran, pues preciso es que Dios haya puesto en ellos algo que les haga obrar convenientemente como lo hacen, y para impulsarlos hacia los fines a que están destinados.» La extraordinaria adaptación de los medios al fin—añade en la *Revue Bleue* Pablo Gaultier—fin de que a veces ni siquiera es testigo el animal que lo persigue, es el mejor argumento en favor de esa opinión sobre la finalidad. Cuando el estro del caballo deposita sus huevos en las patas o en la grupa del solipedo, ¿no obra como si supiera que su larva debe desarrollarse en el estómago del caballo, y que éste, al lamerse, la transportará con su lengua? Pues claro es que no lo sabe. ¿No ha impreso Dios, como decía Sócrates, en los padres el deseo de reproducirse, en las madres el más tierno deseo de lactar y en todos los animales el amor a la vida y el temor á la muerte? El instinto, en tal caso, es innato, inmutable y perfecto desde su origen mismo.

La escuela sensualista, sin embargo, niega ese carácter al instinto, como niega toda ineidad. Ya Pascal decía: «La costumbre es una segunda Naturaleza que destruye la primera; pero, ¿qué Naturaleza es esa? Mucho temo que sólo sea una primera costumbre.» Ahí está, no obstante, la abeja, que no aprende a construir sus panales, ni anda con tanteos, sino que desde el primero que hace, lo hace bien. Los evolucionistas Lamarck, Darwin y Spencer, hacen intervenir la herencia,

explicando el instinto por las costumbres de los antepasados y sustituyendo la experiencia individual por la experiencia de raza.

La nueva psicología animal estima ociosas todas esas discusiones. Para ella, el instinto no existe: es una palabra sin sentido, que el sabio Waxweiler quisiera ver desaparecer de la terminología científica, como la famosa «fuerza vital» o el no menos famoso «horror al vacío». Para Bohn, el instinto es simplemente un legado de la Edad Media, una herencia de la Teología y de la Metafísica; es como hablar de la «virtud dormitiva del opio». La nueva psicología zoológica niega la teoría finalista, que es la que nos hace ver en los actos de los animales la realización de un fin. La pretendida «simulación de la muerte», por ejemplo, que nos ofrecen varias especies de crustáceos y de insectos cuando se les amenaza, quedando como muertos, no es tal: es un simple paro de actividad a consecuencia de una variación brusca. El animal queda inmóvil en la actitud en que le sorprende la amenaza, mientras que al morir se queda siempre en la misma postura, aproximadamente. Cuando se saca del agua un renacuajo, no se queda siempre con las patas pegadas al cuerpo, ni en la posición que ofrece menos puntos de ataque, sino tal como se le sorprende, con las patas estiradas o recogidas en ángulo. El mimetismo de ciertos animales, como el camaleón, que toma el color del medio en que se agita, se halla en el mismo caso; esa semejanza de color o de forma, unas veces les favorece y otras les perjudica; las especies que disfrutaban de esa facultad son tan devoradas por sus enemigos como las otras.

Pero hay más: conocida es la habilidad de los himenópteros paralizadores—*sílex*, *pompilios* y *amófilos*—para picar los ganglios nerviosos de los insectos, que paralizan así para servirlos vivos a su progenie. Pues, según Marchal, todo eso ha sido exagerado y embellecido. ¿No se han observado errores, extraños en la perfección del instinto, como los de un *pompilius viaticus*, por ejemplo, lanzándose, a pesar de la diferencia

de olor, sobre una *cicindela híbrida*, en lugar de una licosa, que es su presa habitual? Los aguijonazos, por otra parte, están lejos de la precisión que les concede Fabre; la picadura única de Fabre, la instintiva, la segura, resulta multiplicada extraordinariamente en la realidad, quedando la víctima hecha una criba, pues Roland ha contado hasta veinte golpes. De esto a la infalibilidad del instinto hay mucha distancia.

Del mismo modo explican los tropismos y la sensibilidad diferencial muchos fenómenos atribuidos al instinto. Bethe explica la «vuelta al nido» en las hormigas, por el tropismo de las pistas de olor dejadas al paso, y Bohn la «simulación de la muerte», por la sensibilidad diferencial, producida por una excitación cualquiera, mecánica, laminosa o térmica; tal es el caso del *pelomyxa*, rizópodo que se hace una bola, de los *cloportes* que se apolotonan, y de los *tubicolas* que vuelven a su tubo. Casos también de sensibilidad diferencial son los mimetismos, y las llamadas «actitudes aterradoras», como la que toma la tarántula rusa, irguiéndose, estirando las patas y mostrando su vientre vivamente coloreado, y la escolopendra erizando su cola de un golpe.

Agréguese a los tropismos y a la sensibilidad diferencial la memoria asociativa, y según Loeb, se tiene la clave de todos los fenómenos atribuidos al instinto. Cuando la abeja sale por primera vez, ejecuta un vuelo de orientación, girando en torno de la colmena, con los ojos y la cabeza constantemente vueltos hacia ella; alejad de su colmena abejas jóvenes que no hayan hecho ese vuelo, y ninguna vuelve. La memoria asociativa basta, pues, para explicar la vuelta al nido. El experimento de Young, de Ginebra, es decisivo: encerradas en una caja 20 abejas de una colmena situada a orillas del lago y llevadas a seis kilómetros por tierra, 17 volvieron, algunas antes de una hora; medidas estas 17 en caja, y llevadas por agua a tres kilómetros de distancia, ninguna de ellas volvió. Romanes hizo otro experimento semejante con igual resultado, y Gaultier estima que la prueba es suficiente. Yo no lo estimo

así: esas abejas llegaron a tierra o no; si llegaron a tierra, el caso segundo se reduce al primero; y si no llegaron, es porque no pudieron resistir un vuelo seguido de tres kilómetros, y perecieron, y entonces no queda probado nada. Para que el experimento reuniera todas las condiciones necesarias, sería preciso que las abejas fueran soltadas sobre el lago, a una distancia igual de la orilla saboyana y de la suíza, y que pudieran salvar esa distancia; pues claro es que si a unas abejas de Evian, por ejemplo, se las lleva por el lago hasta cerca de Ouchy, en la orilla opuesta, lo natural es que las abejas tomen tierra en Ouchy, y no acierten o no puedan ni dar la vuelta por el lago, ni menos por tierra hasta Evian.

El llamado instinto, según la psicología zoológica, es una resultante de multitud de causas. En la vida social de las abejas no hay, según Waxweiler, pensamiento único ni dirección común; el azar determinó la elección, y así como a orillas del mar brotan bosques en sitios protegidos, así un hormiguero se ería donde halla condiciones favorables. La aglomeración se mantiene luego por atracciones olfatorias, como lo demuestra el hecho de que si se mete una hormiga extraña en un caldo hecho con restos machacados de otras hormigas, las del hormiguero de éstas, en lugar de recibirla hostilmente y matarla, la aceptan como hermana. La famosa división del trabajo en los hormigueros es, según Turner, pura leyenda, y se reduce a simples coincidencias sensoriales, no buscando cada hormiga sino la satisfacción de sus necesidades propias. Los cuidados de las obreras con las larvas, sobre ser inútiles, se deben únicamente, según miss Field, a la busca interesada del alimento agradable que las obreras se proporcionan chupando a sus crías; si se les quita los segmentos sensoriales de las antenas, se muestran indiferentes con sus pupilas.

Tampoco es exacto que los pájaros construyan siempre nidos semejantes, aunque no los hayan visto nunca. Lo cierto es, según Wallace, que los nacidos en cautividad no saben modelar su nido, ni aunque se les ofrezcan los materiales necesa-

rios; frecuentemente se limitan a acumularlos en montón informe, y no construyen nada; y hasta cuando no han oído el canto característico de su familia, los pájaros jóvenes no aciertan a modularlo, y se ponen a imitar el primero que oyen.

El instinto, en resumen, no es nada para la nueva escuela. Todos los fenómenos que se le atribuyen los descompone la escuela de Loeb en sus elementos: tropismos y sensibilidad diferencial, de orden mecánico, de una parte; memoria asociativa, de otra. La apropiación de los medios al fin, que es lo que siempre nos ha chocado más en el instinto, no es obra de finalidad ninguna, immanente ni divina, sino simple reunión de coincidencias, mantenidas y fijadas en el individuo primero y en la raza después, si son favorables, o eliminadas si son nocivas, dando la ilusión de la finalidad por su aparente adecuación a un fin, y por su reglamentación constante, como fruto de la persistencia y de la herencia.